

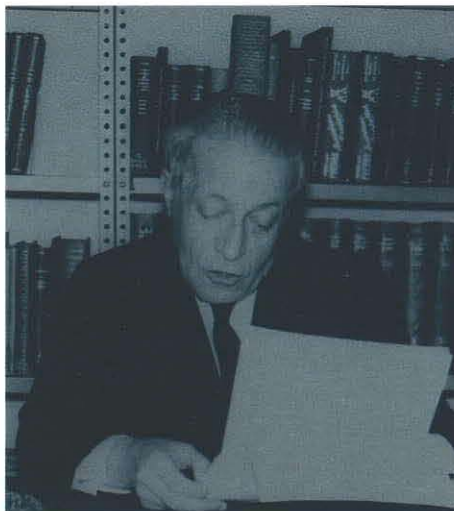
ción hacia el estudio de la historia del arte gracias a sus cursos, conferencias y estudios.

Del mismo modo, sus trabajos de investigación y de divulgación han sido muy importantes para la conformación del pensamiento de las generaciones más recientes de historiadores y de historiadores del arte.

Pero los valores docentes del maestro Manrique no se han detenido en la forma en que transmite los conocimientos de las materias de su especialidad, sino que ha sabido despertar en sus seguidores la sensibilidad necesaria para acercarse a los hechos históricos y a las obras de arte, al mismo tiempo que los ha hecho comprender el valor de la honestidad en el quehacer científico y del rigor en la investigación y en la docencia.

Consciente de que sólo con libertad de pensamiento y de opinión se puede avanzar en el conocimiento de cualquier disciplina, ha estimulado entre sus alumnos y discípulos tanto la abierta formulación de ideas, hipótesis y teorías, como la crítica más severa. Ambas, máximas fundamentales del espíritu universitario y detonadores indiscutibles de estudios de vanguardia.

Por todo ello, en 1992 el maestro Jorge Alberto Manrique mereció el Premio Universidad Nacional en el área de Docencia en humanidades, reconocimiento al que debe añadirse el de sus alumnos, discípulos y amigos que, como aquél, es ya irreversible.



José Ignacio Mantecón Navasal.

## José Ignacio Mantecón Navasal

*Matilde Mantecón*

José Ignacio Mantecón Navasal nace en Zaragoza, España, en 1902. Estudia bachillerato en el colegio de jesuitas El Salvador, en su ciudad natal. En la Universidad de Zaragoza cursa simultáneamente las carreras de Derecho y Filosofía y Letras, siéndole otorgado el premio extraordinario en la licenciatura de la sección de historia (1920).

Realiza el doctorado en la Universidad Central de Madrid, única en España autorizada para entregar el grado máximo, que recibe en 1925, presentando la tesis *El régimen municipal de la comunidad de Albarracín en los siglos XII al XV*, que representa también el principio de una larga serie de publicaciones alrededor de temas históricos realizadas a lo largo de su vida.

En ese mismo año presenta —y gana— concursos de oposición entre

el cuerpo de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos, por lo que entra a laborar en la Biblioteca Central de Madrid y en el Museo de Arqueología.

Gana una plaza en el Archivo de Indias de Sevilla. En dicha ciudad vive once años, que le sirven para adentrarse en el estudio y comprensión de la historia de España y América. También en el Archivo conoce y traba amistad con varios profesores e investigadores americanos que acudían a estudiar las fuentes originales.

Un trágico paréntesis en su vida personal y académica lo constituye la Guerra civil española (1936-1939), durante la cual, siempre fiel a sus ideales de justicia y libertad, ayuda a formar las Milicias Aragonesas; es comisario del Ejército del Este; gobernador general de Aragón, provincias de Zaragoza, Huesca y Teruel (1937); secretario general del SERE (Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles), en París, en 1937.

Llega a México en 1940 y, a partir de entonces, se dedica a la investigación y la enseñanza; se incorpora a El Colegio de México y trabaja en la catalogación de libros de los siglos XVI y XVII de los fondos de la Biblioteca Nacional, hasta 1946. Fue maestro emérito de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas de México, en la que impartiera clases de paleografía, catalogación e historia del libro.

En 1955 entra como investigador en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, y en 1958 pasa al Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la propia UNAM. Es director del *Anuario bibliográfico* de 1955 a 1964. Simultáneamente da clase en la Facultad de Filosofía y Letras.

En 1978 la UNAM le rinde un homenaje por su magisterio, junto con otros distinguidos bibliotecarios, en un acto celebrado en el Palacio de Minería, en el cual el doctor Ernesto de la Torre Villar se refirió a él diciendo:

Su labor intelectual en México ha sido relevante. A más de sus cátedras, estuvo encargado largos años de difícil función de publicista, lo que no le impidió realizar su propia obra. Uno de sus trabajos esenciales fue el preciado *Manual de Paleografía Hispanoamericana*, en tres volúmenes que en compañía de Millares Carlo editó el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. La Biblioteca Nacional editó varios ensayos, históricos y bibliográficos y posteriormente los *Anexos al Boletín de la Biblioteca*. Como miembro de esa institución débesele la colaboración para el *Index Translationum* editado por la UNESCO. Cuando el Instituto de Investigaciones Bibliográficas inició la publicación de la *Bibliografía Mexicana* y del *Anuario Bibliográfico*, puso a su cargo la dirección de ésta y ha sido quien ha realizado los notables estudios bibliográficos que les acompañan. Dentro del Instituto tiene varias publicaciones más y actualmente prepara auxiliado por un equipo que él ha formado y dirige la *Bibliografía Mexicana del siglo XVII*.

Los años pasados entre nosotros, años en los que hemos recibido su enseñanza, su cordialidad, su continua lección de honestidad y firmeza, su pícaro ironía, le han ligado entrañablemente no sólo a nuestras vidas sino a nuestras instituciones, a las que ha servido con altura, con gran dignidad y con inmensa responsabilidad. Por esas cualidades del hombre cabal y de maestro auténtico hoy se le honra.

Para terminar, se anotan los conceptos del doctor José Quiñones Melgoza, expresados en una nota en su “Ensayo para una bibliografía general directa del doctor José Ignacio Mantecón Navasal”, publicada en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, 1992-1993.

Este ensayo bibliográfico fue compilado para un homenaje (por mala fortuna de mi labor, hoy pesarosamente póstumo), que iba a ser (hoy también lo es) un testimonio de mi gratitud, el cual optimistamente portaría por extensión, aunque sin merecimiento alguno, y asumiendo la representatividad que no le correspondía, el de todos aquellos mexicanos estudiosos de la bibliografía y la biblioteconomía a los que el doctor José Ignacio Mantecón (Zaragoza, 1902-México, 1982) sirvió (lo cual era servir a México), como los mejores y más insignes maestros, cerca de cuarenta años (llegó al país en 1940, luego de sufrir la ignominiosa represión franquista), ya enseñando, ya dirigiendo; ya orientando discípulos, ya formando investigadores. No se me escapa aquí que el homenaje más compensable a su abnegada entrega sería la publicación póstuma de *El Juguetillo* de Bustamante (núm. 11), en cuya edición, estudio, notas e índices puso tanto empeño, y que vimos finalizado desde 1977.

## Hugo Margáin

*Salma Saab*

Hugo Margáin, filósofo —en su sentido más cabal—, colega, amigo entrañable. Es víctima de la violencia a la temprana edad de treinta y seis años. Muere en 1978, cuando su visión filosófica estaba cobrando contornos más definidos y sus proyectos para colaborar en el desarrollo de la filosofía en México empezaban a cristalizar. Destacaban muchas cualidades en su persona que lo hacían un filósofo singular y excepcional, además de muy querido y respetado por los maestros, amigos y estudiantes que le rodearon. Llamaba su atención su rara y atractiva mezcla de generosidad, sencillez, buen humor, inagotable curiosidad, lucidez y hondura de pensamiento. En él filosofía y vida fueron una. Hugo tenía la virtud de ejercitar su certera y penetrante inteligencia, sin burlas,